



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Antonio F. Grilo.)



Como no entienden de letra impresa
Rivadeneyras ni Ducazcales,
en Francia hicieron mis *Ideales*,
y tal salieron, que una duquesa
me hizo de gasto cuatro mil reales.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Quisicosas, por Federico Canalejas.—Genio y figura, por Angel R. Chaves.—Colocidencia sensible, por Juan Pérez Zúñiga.—Platarquillo (Petrarca), por Vital Aza.—Bonitas están las leyes, por Sinesio Delgado.—Menadencias.—La sobrina del cura, por José Guinot Toledano.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Antonio F. Grilo.—Genio y figura.—El noble sacerdocio (cinco viñetas).—Platarquillo (ocho viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

La abundancia de teatros y la crisis monetaria que nos devora perjudican grandemente á las empresas.

Aparte estos inconvenientes, no ha habido hasta ahora ningún éxito grande, pues aunque se estrenó en Lara *La joven América*, precioso juguete cómico, que proporcionó á sus autores mu-

chísimos aplausos, sólo obtuvo 17 representaciones.

Lo cual indica que los teatros atraviesan una crisis grave y que las empresas tienen que renovar el cartel todos los días para que el público acuda atraído por la novedad.

Pero hay empresas que sufren pacientemente los rigores del destino y además dedican el producto de la entrada á obras benéficas. ¡El colmo de la abnegación y del desinterés!

Es lo mismo que si yo, que sólo gano lo estrictamente preciso para vivir, me decidiese á pagarle la casa al vecino del piso cuarto.

La caridad es virtud sublime, pero la caridad bien ordenada debe empezar por uno mismo.

Hay en ciertos seres una marcada tendencia á la caridad, siempre que esto no les produzca gastos ni les ocasione quebraderos de cabeza.

Ya se murió un señor cojo que organizaba funciones benéficas en cualquier coliseo, valiéndose de «chicos aficionados», y á lo mejor nos disparaba una señorita, primer premio del Conservatorio, que se arrojaba sobre el piano con la misma resolución que si fuera á pasarle una escoba y acababa por indisponernos con Mozart ó con Beethoven, á fuerza de ponerles en ridículo.

Otro sujeto buscaba en la caridad un motivo de distracción y recibía gente en su casa á pretexto de celebrar rifas benéficas.

Con este motivo se *hacía* un poco de música, se jugaba un ratito, se murmuraba de vez en cuando y concluía la función metiendo en un sombrero varios papelitos y sacando uno que contenía el nombre de la persona agraciada.

Los objetos de la rifa no los donaba nunca el dueño de aquel hogar bienhechor, porque bastante hacía con poner las lincas y el agua, como decía él. De este modo los pobres se encontraban con tres ó cuatro duros cada seis meses, producto de la rifa; el iniciador del pensamiento y su apreciable familia pasaban el invierno divertidos, y además los periódicos de poca circulación publicaban sueltos del tenor siguiente:

«Ayer fueron entregadas á los pobres del distrito de la Inclusa catorce pesetas once céntimos, producto de la rifa celebrada en el domicilio del acreditado filántropo D. Eulogio Canseco.»

El Gobierno desea renovar el alto personal administrativo, porque hay una porción de jóvenes de la mayoría que quieren ser directores generales y subsecretarios; pero los que usufructúan estos destinos se hacen los sordos y siguen percibiendo sus haberes con mano segura.

Sagasta ha hecho ya indicaciones cariñosas á los de más confianza.

—Pelusilla, usted no puede dudar de mi afecto, pero va usted á tener que presentar la dimisión.

—¡D. Práxedes! ¿Qué dice usted? ¿Dimitir yo?

—No hay más remedio. La mayoría está soliviantada, porque dice que no se la protege.

—¡Pero esto es atroz!

—Nada, nada; tiene usted que dimitir un día de éstos.

El director entra en su casa con el ceño arrugado, y lo primero que hace es tropezar con su suegra en el pasillo, obligándola á saltar un puchero que lleva en la mano lleno de zarzaparrilla.

—¡Bruto!—grita ella sin poderse contener.

—¿Tengo yo la culpa de que esté usted constantemente atravesada en mi camino?—replica él, echando fuego por los ojos y arrojando el sombrero sobre la mesa.

Acude la esposa á poner paz, y reconviene en voz baja al esposo en estos términos:

—¡Pobrecita! Sabes que tiene un callo en el dedo gordo del pie derecho, y todos los días la pisas.

—No me vengas con reconvencciones. ¡Hoy es un día terrible para mí!

—¿Qué pasa?

—Que voy á tener que dejar la dirección.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Ahora resulta que todo el mundo quiere ser director general. ¡No he visto gente más ambiciosa!... Es, á comer, que tengo que salir.

El director se sienta á la mesa echando demonios; los niños le miran asustados, sin atreverse á hacer ruido con las cucharas, y la suegra dice á media voz, con la indiscreción propia de la clase:

—¡Ay, Paco, Paco! Siempre dije que la dirección iba á durarte poco, porque no sabes conservar nada. No hay más que ver esa levita, que ya la tienes hecha un estropajo.

El director, no pudiendo desahogar su cólera con la suegra, arremete contra el chorizo y lo destroza; después comienza á hacer platos con la misma desesperación que si estuviese tirando tiros, y acaba por levantarse de la mesa sin probar bocado. Coge el sombrero, se abrocha el gabán, dirige una mirada iracunda á un retrato de Sagasta que adorna las paredes del comedor, y sale á la calle, en tanto que la mamá queda diciendo á su hija:

—No vas á tener más remedio que alquilar el gabinete y la alcoba á una persona estable. ¡Uf! ¡Qué marido tienes más inútil! ¡Un hombre que ha sido director general por chiripa, y verse ahora en la necesidad de admitir un caballero ó dos, ¿con ó sin!...

Luis Taboada.

*

Quisicosas.

No me digas, Isabel, que él tu candor sorprendió, porque, según he oído yo, el sorprendido fué él.

Pasan los hombres toda su existencia buscando en las mujeres inocencia; destruyen la que encuentran, y es el chiste que se quejan después de que no existe!

¿Hablas mal de mi amigo Juan Villegas? ¡Pues con él, de seguro, me la pegas!

Riñó Juan Mas con Borrás y le dijo que era un zote, y contestó el hotentote: —¿Yo zote? ¡Pues usted es más!

Si una mujer te dice que te quiere, quírela tú, ¡pero que no se entere!

Para obtener tu amor, bella Rosario, según dice tu fámula Jacoba, es absolutamente necesario haber holgadamente en el armario que tienes en tu alcoba.

¿Que un acreedor te ha pegado y no sabes con qué objeto? ¡Según dicen, Aniceto, fué con el puño cerrado!

Federico Canalejas.



Genio y figura.

(RECUERDOS DE HACE DOS SIGLOS)

«Pobre, y aún más que archipobre, que piensas de buena fe que en estas edades vale más que el oro la honradez; chiquillo de la doctrina injerto en Matusalem que sirves con tus eneros de ejemplo de candidez, ¿quién te manda, voto al Draque, cuando aquí vives, creer que este mando es paraíso en que alimenta obrar bien? ¿Que intentaste todo, y nada te ha dado para comer, mientras da la holganza á otros provecho y honra á la vez? Eso te prueba, bobillo, que aquí lo que hay que aprender no es á trabajar, que eso se aprende en un dos por tres, sino á hacer que lo que sunda cualquier ganapán de bien te proporcione regalos en que nunca soñó él. En tus años juveniles quisiste ceñir tu sien,

en fuerza de hacer comedias, con el délfico laurel; mas como escribiste pocas, por haber dado en creer que sólo un sólido estudio da al ingenio madurez, mientras otros, sin más letras que las del a, b, c, d, atestaban los corrales de engendros de Lucifer, que por ser, aunque robados, dichados de estupidez, tomaba el vulgo por joyas de inestimable valer, tú, de los necios ludibrio, no topabas autor que quisiera ni cuatro versos de tus comedias leer. Con las glorias del soldado te encariñaste otra vez y al fin, tomando bandera para batir al francés, inocente imaginaste que sólo la intrepidez es la que da en la milicia las ventajas y el poder,

y en tanto que, por lisiado y acribillada la piel, á tu patria de limosna te fué preciso volver, en las fronteras al paso te salieron más de cien que, condenando la espada á perpetua doncellaz, de un guardesinfante al arrimo consiguieron, á la vez que sacar el cuerpo ileso, altos grados obtener. ¿Y luego qué hiciste, bobo? Del gran Filipo al dosel, con ansia y sed de justicia, pensaste llegar, sin ver que el lodo de cien combates que aún te manchaba los pies del regio alcázar las galas empaña una nitidez que no robaran por cierto los que olía á pólvora es malo donde huele el ámbar bien. Ya ves que, de los caminos que has pretendido escoger,

es fácil que alguno de ellos puesto en el cielo te dé. Pero aquí, y en las edades en que te cupo nacer, te darán lo que te han dado, que no es mucha esplendidez.»

Estas sentidas razones uno que ya mozo fué, y que llegaba maltrecho al umbral de la vejez, escuchaba de un anciano ruñán á más no poder, doctor *in utroque jure* en el mandanal vaivén. Y como el viejo le oyera decir con gran candidez y por muestra de contrito «¡Si yo volviera á nacer!» replicó:—Lo mismo hicieras, hijico, que sabeté que el que nace para ochavo llega á cuarto rara vez.

Angel R. Chaves.

COINCIDENCIA SENSIBLE (1)

*A la RECORDMAN consorte,
doña Enriqueta Pedal,
que reside en esta corte,
Mayor, ocho, principal.*

¿Qué coincidencia más rara!
¿Conque á su esposo de usted,
que se llama Luis Vergara
y es ciclista *enragé*,
tanto le mortificó
lo del número pasado?
Pues le juro á usted que no
conozco al interesado.
Fué el suyo un nombre supuesto
que puse en la poesía,
como pudiera haber puesto
Juan Pérez ó Andrés García.
Además, al suponer
su sñá por la bicicleta,
supuse que su mujer

era una tal Enriqueta.
¿Y para que esto se enrede
también se llama usted así?
¡Hombre! A nadie le sucede
lo que me sucede á mí.
Vuelva á gozar de reposo
ese espíritu agitado,
porque no va con su esposo
lo del número pasado.
¿Que no me debe importar
su afición, y que es muy sana,
y que le deje rodar
por donde le dé la gana?
Bueno, Enriqueta, por mí
que viaje, á ver si se pierde;
que cruce el *Mi-ni-pi-ni*
(como dice la Valverde)
y que como una saeta
llegue del Vesubio al pie

y, en fin, que ande en bicicleta...
hasta por cima de usted.
A mí me importa muy poco
que ruede, señora mía.
Sé que e le ha de volver loco
la bicicletomanía;
y cuando la muerte odiosa
dé fin á su vida inquieta,
presumo que irá á la fosa
montado en la bicicleta.
Mas ya que usted da en tratarme
sin piedad como á un guñapo,
sin el gustó de vengarme
de su carta no me escapo;
y ya que es Luis un sujeto
que comprenderá mi aviso,
voy á decirle un secreto
(si usted me da su permiso):
«Sepa usted, don Luis, que cuando

tranquilo, como no hay dos,
va usted rodando, rodando
por esos mundos de Dios,
su candorosa Enriqueta
recibe á un joven flacucho
que, aunque no anda en bicicleta,
me consta que *avanza mucho*.
Más vale, pues, que en el acto,
en vista de lo que pasa,
jabile usted el artefacto
y atienda más á su casa.
Ahora, si usted no se muere
de vergüenza, por favor
dígame si es que prefiere
la bicicleta al honor;
aunque, por lo que se ve,
tengo casi la completa
seguridad de que usted
prefiere la bicicleta.»

Juan Pérez Sainza.

(1) Véase el número anterior (si se quiere).

EL NOBLE SACERDOCIO

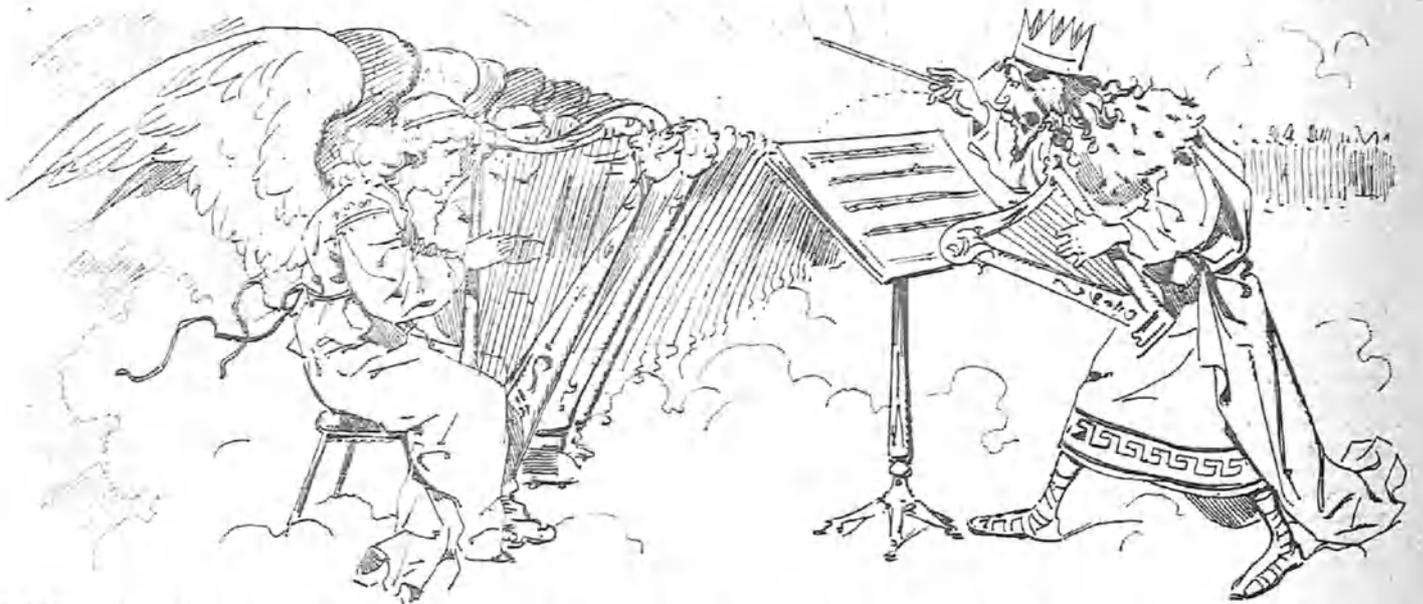
Ó ¿DÓNDE IRÁ EL BUEY QUE NO ARE?



Llegó á las puertas del cielo un crítico que habia adquirido gran notoriedad á fuerza de encontrar defectos en todas partes.



Abrióle San Pedro, y cuando estaban en dimes y diretes sobre si paso ó no pasas, se dejó oír por allá dentro una deliciósima música.



Era que la banda de arpas, bajo la dirección de David, ensayaba un nuevo himno al Creador, letra de San Juan de la Cruz, música de Santa Cecilia.



—¿Eh, qué tal?—le dijo San Pedro.
—No está mal, pero... le advierto á usted que á mí no me la da nadie. El motivo principal está tomado de una opereta francesa.



—¡Hereje! ¡mal hablado! ¡Toma operetas francesas!

Plutarquillo.

BIOGRAFÍAS LIGERAS DE PERSONAJES CÉLEBRES



PETRARCA

Comenzaba el siglo XIV; como quien dice, el otro día. Las luchas políticas en Italia se habían encarnizado. Los güelfos y los gibelinos, ó sean los papistas y los imperiales, andaban á la greña.

Pietro ó Petruccio di Parenzo, padre de Petrarca, figuraba en la fracción más exaltada de los güelfos. Era más papista que el Papa. Las circunstancias le obligaron á salir de Italia y fué á refugiarse en Avignon, corte pontificia en aquella época.

Pietro estaba bastante mal de recuerdos. La vida en Avignon era muy esca y resolvió trasladarse con su familia á Carpentras.

Petrarca tenía entonces siete años, pues esto que digo ocurría el año 1311 y él había venido al mundo en Arezzo el 19 de Julio de 1304.

Su nombre de pila era Francisco, y así le llamaron siempre sus padres; pero al chico se le antojó que llamándose *Peco* ó *Petraquillo*, como le decían algunos, no lograría immortalizarse, y adoptó para sus trabajos literarios el pseudónimo de *Petrarca*.

Así le llama la historia y así le llamaremos nosotros.

Y conste que no le anteponeamos el artículo *el* porque eso nos parece una falta de respeto y de consideración.

Los españoles, cuando nos referimos á los poetas italianos, suelen pecar de *chulis*.

Yo no sé que nadie haya dicho nunca *el Shakespeare*, *el Voltaire*, *el Camoens* ni *el Cervantes*, y, sin embargo, todos decimos *el Dante*, *el Petrarca*, *el Tasso* y *el Ariosto*, con la misma frescura que si se tratara de *el Litri*, *el Chuchi*, *el Morros* y *el Picalimas*...

Y ahora volvamos á Carpentras.

El joven Paco comenzó sus primeros estudios bajo la dirección del cariñoso y serénico maestro de escuela don *Convenerole da Prats*. Desde muy niño se despertaron sus aficiones literarias, y en vez de estudiar los libros de texto, se sabía de memoria á Virgilio, á Cicerón y á los poetas provenzales.

Verificaba con facilidad *psémosa* y lo mismo componía una égloga en latín que una oda en italiano.

La familia estaba á matar con esta monomanía literaria, y á más de un soneto del chico agregó el padre un buen capirotazo como estrambote.

Terminada la primera y segunda enseñanza en Carpentras, mandaron al muchacho á cursar Derecho y Teología á las Universidades de Montpellier y de Bolonia.

Petrarca estudiaba porque ése era su deber, pero aborrecía el Derecho.

«Estoy muy aburrido—escribía una vez á un amigo suyo.—¿Qué voy yo ganando con saber que *un solo testigo equivale á ningún testigo*, que *la lesión enormísima equivale á dolo*, y que *es injusto considerar como contrato lo que se pacta con error*? Te digo que estos aforismos jurídicos me cargan extraordinariamente, y pues hay otro que dice que *nadie está obligado á cumplir lo imposible*, á él me agerroy y que mis padres me perdonen. A mí que me dejen hacer versos, y todo lo demás son tonterías...»

Llegó el año 1325. Una terrible epidemia de cólera morbo (que por entonces no se sabía cómo se curaba... ni ahora tampoco) diezmó á los vecinos de Carpentras. Los padres de Petrarca fueron de las primeras víctimas.

Huérfano y solo, el pobre muchacho dedicóse de lleno á la literatura; pero como no tenía bienes de fortuna y los periódicos no le

pagaban los versos que le publicaban, vióse obligado á tomar una resolución heroica. ¡Abrazó la carrera eclesiástica!



Es decir, se hizo cura á medias, pues sólo recibió la primera tonsura.

Siguió en Bolonia publicando muchos trabajos literarios, pero los bolonios no le hacían justicia y decidió volver á Francia, estableciéndose en Avignon en una modesta casa de pupilos.

Su extraordinaria disposición para la poesía latina fijó la atención del Papa Juan XXII.

Entonces comenzó su verdadera fama de poeta y aun de filósofo, y entonces ¡ay! conoció á *Laura*.

Este ¡ay! está puesto con su cuenta y razón, por lo que verán ustedes si siguen leyendo.

Era el día de Viernes Santo de 1327. Petrarca asistía á los sagrados oficios que se celebraban en la iglesia de Santa Clara. Estaba completamente abstraído en sus oraciones, cuando, al volverse para coger el devocionario que se le había caído, se fijó en una joven hermosísima que estaba arrodillada detrás de él. Verla y amarla fué obra de un momento. Los ojos de aquella muchacha encantadora le habían herido en lo más profundo de su alma. Desde aquel instante el pobre seminarista perdió la devoción... y hasta el devocionario.

Terminados los oficios, la joven abandonó el templo y Petrarca salió detrás.



La chica, que iba acompañada de su doncella, recorrió varios comercios de la ciudad, pero no sin volver de vez en cuando la cabeza para cerciorarse de si aquel joven la seguía. Fatigada de dar vueltas, sentóse á descansar á la sombra de unos tilos. Petrarca llegó á su lado, y venciendo su natural timidez, con voz trémula y ahogada por la emoción le dijo:

—Señorita, perdona mi atrevimiento, pero ¡yo os amo!

—¡Caballero!

—¡Sí! ¡Yo os amo! Sólo hace una hora que tuve la dicha de veros en Santa Clara, y ya ando en deseos de expresaros lo que siento en mi corazón.

—Pero, caballero, por Dios...

—No me rechacéis, porque eso sería hacérme el hombre más desgraciado de la tierra. ¡Sois mi primer amor!

—¿Es posible?

—¡Os lo juro!
 —Bien; pero comprended que sin saber quién sois...
 —Tenéis razón. Os daré mi nombre. Yo soy Petrarca.
 —¿Cómo? ¿El poeta?
 —¿Qué? ¿Me conocéis?
 —¡Ya lo creo! He leído muchas cosas vuestras.
 —¿Mis versos latinos?
 —¡Justo! Yo no los he entendido, pero deben de ser preciosos.
 —¡Oh, gracias! Desde hoy todos los acordes de mi lira serán para vos y nada más que para vos.
 —Muchas gracias.
 —¿Puedo saber cómo os llamáis?
 —Laura.
 —¡Hermoso nombre! ¿Vivís en Avignon?
 —¡No! Vivo con mi padre, con el señor Chaveau, en Vaucluse, un pueblecito inmediato. Allí tenemos una magnífica posesión. Mi padre es muy rico.
 —¡Oh! No me habléis de riqueza. Yo soy pobre, muy pobre. Pero guardo, en cambio, en mi alma un tesoro inagotable de ternura y de cariño.
 —Perdonad. Es tarde y necesito partir.
 —¿Nos veremos?
 —¡Nos veremos!
 —¡Adiós, mi Laura!
 —¡Adiós, mi poeta!
 Y se separaron.

Esto, como he dicho, ocurrió en 1327. Es decir, que Petrarca tenía entonces veintitrés años. ¿Ustedes creerán que Laura era poco más ó menos de esta edad? Pues no, señor. ¡Asómbrense ustedes! Laura, la divina Laura, sólo tenía doce años.

Todos los historiadores están conformes en este dato, y yo no hago más que mostrar mi extrañeza ante la precocidad de las chiquillas de Vaucluse.

Lo cierto es que Petrarca cumplió su juramento. Desde aquel día tuvo una musa más. Mejor dicho, sólo tuvo una musa: la señorita de Chaveau.

Las innumerables poesías que le dedicó fueron la comidilla de todos los cortesanos de Avignon.

El Papa Juan XXII, que apreciaba mucho á Petrarca, le animó á que se casara con Laura, pero él exclamó: «Eso, ¡nunca! La quiero demasiado para pensar en el matrimonio. Mi amor es ideal. Los poetas adoran á sus musas, pero no se casan con ellas».

Y no hubo medio de convencerle.

Se encerraba en su casa, y sonetos van y sonetos vienen, se pasaba la vida pensando en su Laura.

Su amigo Colonna, deseando curarle de aquella chifadura, le obligó á salir de Avignon, llevándolo á viajar por Francia, Bélgica y Alemania. Pero inútilmente. Petrarca seguía lo mismo. Todos sus versos eran dedicados á mi Laura, á los labios de Laura, á los ojos de Laura, á la ausencia de Laura... vamos que aquello era una *lauromanía* imposible de curar.

Y pasaban los años. Juan XXII, primero... digo, no, porque esto parecen los señes de una casa.

Primero Juan XXII y después Benito XII, su sucesor en el Pontificado, encargaron á Petrarca de varias comisiones delicadas.

Su reputación de literato y de historiador era ya universal. La brillante defensa que hizo en favor del Príncipe de Parma, Azzo di Correggio, acrecentó su reputación.

En 1337, y después de una excursión á los Pirineos y á algunos puertos de España, volvió á Avignon y se encerró en Vaucluse, donde compró una casita.

Allí, cerca del palacio de su adorada, pasó tres años, contentándose sólo con verla desde lejos.

En aquellos tres años dedicó á Laura la friolera de doscientos sonetos y cuarenta canciones. ¡Ya estaría satisfecha la muchacha! Estos poemas circularon por toda Europa.

Los príncipes y magnates de todos los países solicitaban la amistad de Petrarca.

En un mismo día del año de 1341 recibió dos cartas: una del Rey de Francia, y otra del Senado de Roma, ofreciéndole la corona de laurel como al primer poeta de su siglo.

Petrarca se dijo entonces: «Necesito dos coronas. La del sacerdote y la del poeta. ¡A Roma por todos! Y á Roma fué, y después de recibir las segundas órdenes—con gran sorpresa de Laura, como era natural,—se decidió por la *apoteosis*».

Oigan ustedes cómo la describe uno de sus biógrafos: «El día de Pascua por la mañana, Petrarca oyó misa en San Pe-

dro, y después le condujo un obispo, acompañado de la nobleza romana, al palacio de los señores Colonna, donde se celebró un banquete magnífico. El maestro de ceremonias hizo leer públicamente algunas de las obras del poeta. Después revistieron á Petrarca con el traje del tiempo.»

Verán ustedes qué traje-éllo: «Le pusieron en el pie derecho el coturno trágico, y el zueco cómico) en el izquierdo. Le cubrieron el cuerpo con una túnica de terciopelo bordada de oro, con cola larga y plegada alrededor del cuello. Un cinto guarnecido de brillantes la sujetaba sobre el pecho. Encima de la túnica le colocaban un manto de raso de plata, como el de los emperadores. En la cabeza le pusieron una mitra enjorada de piedras preciosas, y al cuello una cadena de oro macizo, de la que pendía una lira de marfil. Una joven, doncella, cubierta con una piel de oso y con una tea encendida en la mano izquierda, llevaba la cola del manto.»

¿Eh? ¿Qué es? ¡Ni que fuese el protagonista de una zarzuela de espectáculo!

Le colocaron después sobre una carroza adornada con riquísimos tapices y guirnalda de yedra, laurel y mirto. La silla en que se sentaron estaba sostenida por las figuras de un león, un grifo, un elefante y una pantera. Multitud de niños representando los Amores corrían alrededor del carro, con las *Tres Gracias y Baco*».

Pasemos por lo de las Gracias, pero se nos figura que lo de Baco no le haría gracia ninguna al poeta.

«Iban luego las alegorías del Trabajo, la Pereza, la Miseria, la Irritación y la Encidia, y detrás de todas ellas un numeroso coro de sátiros y de ninfas. Con este séquito fué Petrarca hasta el Capitolio. Las casas ostentaban ricas colgaduras y las calles estaban sembradas de flores. Todas las damas, vestidas con gran lujo, estaban en los balcones y arrojaban rosas y perfumes sobre el carro y el poeta. Pero ¡ay! en medio de tanta alegría hubo una tristísima contrariedad. Una mujer, tomando equivocadamente una botella de agua fuerte en lugar de una de agua de rosas, la derramó precipitadamente sobre la cabeza de Petrarca, lo que le volvió calvo para el resto de su vida.»

La verdad, no nos explicamos esto. Si el poeta llevaba puesta la mitra, ¿cómo pudo caerle sobre el cuero calificado aquel líquido corrosivo? Pero, en fin, los historiadores lo aseguran y no debemos discutir cuestión tan *peliguda*.

El pobre señor aguantó pacientemente la roudada, y siguió la ceremonia hasta que llegaron al Capitolio, donde después de ser aclamado por el pueblo, le colocaron en la cabeza nada menos que tres coronas, una de laurel, otra de mirto y otra de yedra. Suponemos que antes le curarían las quemaduras.



Por la noche hubo una abundante cena en casa de los Colonna, y después gran baile, en el que, al decir de todos los biógrafos, Petrarca bailó con las principales damas de Roma... ¡Bailar un sacerdote!... Pero, en fin, por nosotros que baile. Ya hemos dicho que no nos gusta discutir con los historiadores. Así terminó la coronación del famosísimo poeta.

Pero... observamos que van ya escritas diez cuartillas, y es preciso abreviar, porque si no vamos á tener Petrarca para rato.



Después de su triunfo, se fué á Padua, y de allí á Milán, donde recibió la noticia de la muerte de su idolatrada Laura. En poco estuvo que enfermase, porque la amaba todavía, y se consoló escribiendo otro cantar de sonetos á su muerte, es decir, á la muerte de Laura. Viajó durante doce años por Europa; volvió otra temporada á Venecia, regresó á Italia, y por fin, después de haber ocupado importantes funciones oficiales, se retiró á Arquá, donde le sorprendió la muerte estando escribiendo en su biblioteca. Murió á los setenta años. Dejó sin concluir un soneto á Laura. No pudo llegar más que hasta el primer terceto.

Y ahora vamos á cuentas. Cuando conoció á su amada tenía Petrarca veintitrés años. Murió á los setenta, luego estuvo pasando en Laura por espacio de cuarenta y siete años!

Ya es constancia, ¿verdad? Pues oigan ustedes ahora una cosa en secreto, pero muy secreto, para que la pobrecita Laura no se entere desde el otro mundo.

Petrarca, el gran Petrarca, el romántico y castísimo Petrarca... ¡tuvo un lío con una señora de Avignon! Y de este lío resultaron ¡dos hijos naturales!



Francamente, uno podría haberse disculpado, porque nadie está libre de una mala tentación, pero lo que es dos... ¡Fíense ustedes ahora de los poetas esmorados!

Vital Aza.

BONITAS ESTÁN LAS LEYES!

(COMO DIJO EL OTRO)

—Mi caso es el siguiente (dijo el viejo), que una injusticia sin ejemplo prueba: yo tenía en mi casa aquella noche guardadas en un trapo en la despensa dos pesetas, sobrantes del salario, destinadas á un pago en la taberna. Mi chica, que es muy guapa y espejo y nata y flor de las morenas, me dió un caldito, me acosté en seguida y me quedé dormido como un bestia. Allá, al amanecer, oí pisadas en el pasillo y rechinar de puertas y, como es natural, sobresaltado saqué del lecho y encendí una vela, pensando que algún pillo me venía á quitar las dos pesetas. Vi que en la sombra un hombre se escondía, agarré, por si acaso, la herramienta y me puse á gritar:—¡Ladrones! ¡Guardias! Subió gente, el sereno, la portera... Cogimos al ladrón, se lo llevaron y yo dije:—¡A presidio de esta hecha!

Y á presidio sin falta hubiera ido el autor del delito, si no prueba que estaba en relaciones con mi chica y entró en la casa... para hablar con ella. Total, que le pusieron en la calle y yo quedé corrido de vergüenza porque, es lo que yo digo, y mi Cristo me saca de esta idea: ¡conque es decir que si el ladrón entrara en mi casa á unas horas como aquellas á quitarme no más los ocho reales que guardaba en el trapo en la despensa, le ponen á la sombra por ocho años ó diez ó los que fueran, y yendo, como fué y está probado, á robarme el honor, van y le sueltan? ¡Pues si ésta es la justicia, que venga el Padre Eterno y que lo vea! Por supuesto, hecho el daño, no me importa lo de la chica ya, ni la sentencia: siento... ¡que el tribunal dé por sentado que yo apreciaba más las dos pesetas!

Sinesio Delgado.

Menudencias.

Con lunares tienes, niña,
dos vestidos diferentes.
¡Ay, si fueran esos solos
los lunares que tú tienes!

Simpática te ha llamado
en tu abanico un poeta.
¡Vaya una manera fina
de decirte que eres fea!

FELIPE A. DE LA CÁMARA.

¡Pobre puente de Solares!
¡qué triste es tu situación!
Por debajo pasa el río,
por encima paso yo...

Seguro estoy de que al hombre
más decente y más honrado
le tendré por embustero
si un día me llama zángano.

Aunque esroso lo que escribes,
siempre hace una gracia atroz,
porque en lugar de tu firma
pones la de Gedeón.

EMILIO G. OLARAN.

Estoy yo con mi patrona
cual China y Japón están.
Ellos se dicen: ¡pan, pan!
Yo á ella le digo: ¡pan, pan!

DIEGO NORIEGA.

A un estanco entró Vicente
y pidió una fe de vida.
El del despacho en seguida
se la entregó diligente.

Ya que la había guardado
fbase, y el estanquero
le dijo así:—Caballero,
vea que no me ha pagado.
—¡Hombre, bonita embajada!
contestó el otro.

—¿Por qué?
—Porque le he pedido á usted
fe *devida*, no pagada.

SALVADOR MORENO AGUADO.

Tienen cierto parecido
la mujer y la moneda,
en que á fuerza de menjures
las malas parecen buenas.

JOSÉ OLÍAS GARCÍA.

LA SOBRINA DEL CURA

El rico señor cura de Cabañete
tenía una sobrina de rechupete,
de quince primaveras, color moreno
y unos ojos más grandes... y un alto seno...
y unas formas tan bellas y esculturales,
y una gracia y salero tan exquisitos,
que los mozos del pueblo, muy animales,
se pegaban de *trompis* los pobrecitos.

Llegó entonces al pueblo de Cabañete
un barbero llamado Tomás Soplete,
que tocaba la flauta y el organillo,
la ocarina, la trompa y el caramillo.

Y en cuanto que del cura vió á la sobrina,
al pie se fué una noche de su ventana,
y allí, sopla que sopla con su ocarina,
se estuvo hasta las cinco de la mañana.

Y eran tales suspiros los del barbero
que blandaba los cantos de la plazuela,
hasta que al fin, un día del mes de Enero,
acabó por ser novio de la chicuela.

Tenía tanto *cutis* y habla tan fina
el pícaro barbero Tomás Soplete,
que se escapó una noche con la sobrina
del rico señor cura de Cabañete.

El tío de la chica se puso malo,
y ofreció á la persona que aquella ingrata
volviera á los rediles un buen regalo:
¡diez mil duros fuertes en oro ó plata!

Y ¡pásmense, señores! al otro día,
á la puerta del cura se detenía

la pobre sobriñita—sobre un overo,—
conducida á su casa por el barbero.
«Usted es un hombre bueno—le dijo el cura,—
Tome uslé, amigo mío, lo que ha ganado.
Me devuelve del cielo su luz más pura...
la niña de mis sueños... ¡Usted es honrado!»
Y aquella misma noche, de Cabañete,
saltando de la casa los altos muros,
se escapó la sobriña con el Soplete,
¡llevándose consigo los diez mil duros!

José Guinot Escudano

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

El principiante.—Remítala de nuevo firmada, porque, francamente, no la recuerdo ahora.

Sr. D. R. A.—La idea no es mala del todo, pero la versificación se pasa de incorrecta.

Un primo.—Ni falta que hace, joven. Cosas por el estilo vengo leyendo hace doce años. Ya ve usted... ¡doce años!

Patachula.—Bien hechas las quintillas, pero la idea no es cosa mayor que digamos.

Veneno.—Si no le contesté diciendo que quedaba admitida, sería que no lo estaba. Yo quisiera dar á todos muchas explicaciones, pero ¡ay! es imposible.

Miquis.—No puedo aprovechar nada esta vez.

Diavolini.—No es del todo correcta la forma. Pero no es eso lo peor. Lo peor es que está muy diluido el asunto y la composición no tiene interés por lo tanto.

Peterete.—Empecemos:

«A Dios ría á Dios fuente
de toda esa ribera
¡al mar aunque así lo digo
no me despido de ella!
Cariño profundo te tengo
te lo digo de verdad
y de corazón lo siento
con toda veracidad.
¡viva! San Andrés porque así
lo tengo dicho aquí...»

Basta, basta, ¡caramba! Es tan linda la composición que por poco no la copio toda.

Calderón.—Medianas las cinco, por la gracia de Dios, etc.

Dos en uno.—Cursi la idea y con demasiadas asonancias expresada por añadidura.

Juntera.—En efecto, demasiado vulgares me parecen.

Sr. D. J. de la C.—*El abate Pirraças* no dirige ningún periódico de teatros, que yo sepa. Lo que hace es ocuparse en asuntos de espectáculos en *La Correspondencia*.

Uno que quiere llegar.—Se publicará el soneto.

El bachiller Valenzuela.—El romance resulta un tantico pedestre, y en cuanto al asunto... es más escabroso que una montaña.

Quintín.—Inocente como una tortolita.

Carrigui.—Unas por fas y otras por nefas, no he encontrado ninguna aprovechable.

Amén.—Sigue lo mismo.

Ar-Raschid.—Confieso que no sé lo que significa *malgache*, y me línete á ripio de los que pasan de la marca.

Sr. D. F. B.—Voy á complacer á usted, puesto que casi no me cuesta trabajo. Atención:

«Si del verano los días
alegres y muy sombros
como un rayo, de prisa, con alegría
pasarían
entonando nuestros cantos
diría-santo-santo-santo»

Pues, mire usted, por méritos menotes que el de entender eso han canonizado á mucha gente.

El traste.—Que versifica medianamente por cierto.

León de Toledo.—¿Que si sirve usted? ¡Va lo creo que sirve! ¡Para guardarse de su sombra!

El de la Pitusa.—Y ¿quién le ha dicho á usted que de mezclar así, á ojo de buen cubero, los versos de medidas distintas resulta una combinación rítmica? Pues eso es lo que yo le quería decir á usted: que así no se versifica en ninguna parte del mundo.

Pepe el Marrón.—Puede usted remitir firmado el segundo.

Sap.—Amigo mío, en eso no cabe discusión. Yo publico lo que me parece conveniente. Y si usted me remitiera joyas, y yo no quisiera publicarlas, estaría en mi derecho, y no tendría que dar explicaciones. ¿Usted comprende?

Sr. D. P. T.—Eso de las serenatas de esa índole está mandado retirar... al archivo de las zarzuelas vulgares.

Sr. D. M. R.—¿Género épico? No es propio de este periódico, pero, en fin, copiaré los últimos versos:

«¡Adiós, patria mía querida!
¡por ti vertí mi sangre preciosa!
¡por ti perdí toda mi vida
y perdería todas las cosas!

Pero, dígame usted, y usted perdone, si ya ha perdido usted toda la vida por la patria, ¿qué más cosas va usted á perder?

Cara de corcho.—No tenía usted necesidad de decir que era lo primero que hacía, porque ya se conoce.

Otro.—Bobadas no, pero un poquito vulgares todas... sí, señor. Y es lástima.

Un naco.—Ni están bien medidos los versos, ni se puede decir *añentaba*. Porque casi es pecado mortal.

Uno.—Se publicará, Dios mediante, la que remite corregida.

X X X.—Hombre, ¡por Dios! ¡cinco versos nada más y... todos asonantes!

Un madrileño.—Demasiado vulgares todos. Y hablando de otra cosa, ¿qué elegante papel de cartas usa usted!

Sr. D. M. A. M.—El género de las dos no es á propósito para este humilde periodiquito.

Peñi Métre.—Estarían bien... en el álbum de la interesada.

Verquería.—El caso es que le habrá costado á usted muchísimo trabajo, y... no tiene pizca de gracia.

¿Sirve?—Larguísimo, con el aditamento de que no vale la pena.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de tranqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1904.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 desp.º

Teléfono 934.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES